



# Fragmentarios recuerdos autobiográficos para más allá de la Canda y Padornelo

Manuel Cabada Castro

m.cabada@res.upcomillas.es

**Resumen.** Para que este escrito fuese unas "Memorias" tendría que ser más amplio y reposado. No lo es ni lo pretende. Responde únicamente a una ocasión circunstancial: la del interés de un amigo por conocer el contexto existencial y biográfico de mis años de formación que podrían arrojar algo de luz sobre el modo de pensar que se refleja en mis escritos. Queda así apuntada aquí una pequeña historia personal y de una época con sus límites y sus bellezas.

**Abstract.** This paper should be extensive to be a Memoir. It is not and it does not expect to be. It just corresponds to an incidental occasion: the interest of a friend in knowing the existential and biographical context of my formative years which could explain the way of thinking reflected in my writing. It is well reviewed here a brief personal story and a period with limitations and beauty.

Intentaré a petición tuya, amigo Jesús<sup>1</sup>, garabatear e hilvanar recuerdos confusos de tiempos pasados. Los escribo en castellano, por ser tú quien eres..., aunque tenga que romper así en cierto modo con mis actuales principios de expresarme sólo en gallego en esta tierra gallega en la que vuelvo a estar de manera más estable desde hace ya algo más de tres años.

No sé de qué te podrán servir. Seguro que tengo muchas cosas olvidadas. Además, no me gusta volver a las cosas pasadas. Como pasadas, ahí se quedan. Ya han realizado su propia función en relación con lo que ahora más o menos soy. Sí me importa lo que estoy haciendo, pensando, soñando o planeando ahora mismo, aunque sea ya un viejo, sin tampoco preocuparme demasiado por el futuro. El futuro vendrá por sí mismo y hay que dejarlo tranquilo, porque no

---

1 Estas notas las escribo a petición de un joven e inteligente profesor universitario madrileño (Jesús Romero Moñivas) que, además de conocer ya algunas ideas que tengo sobre ciertos problemas, quiere saber también un poquito sobre pasados acontecimientos míos. A él le expreso aquí mi cordial agradecimiento.



Foto familiar. 1950.

somos dueños de él. Tampoco soy especialmente adicto a leer biografías. Porque cada persona es un mundo y no creo en ese sentido que tampoco le puedan adoctrinar mucho a mi concreto yo. No sé. Cada uno es para sí mismo la única aventura y creo que hay que llevarla a cabo con el tesón que se precisa y la alegría o las desazones que toda aventura comporta. Por eso empiezo a escribir estas líneas sin muchas pretensiones. Pero como tú, Jesús, eres el que mandas, pongo manos a esta tarea, esperando que al menos leas esto con benévola sonrisa.

¿De mi vida de pequeño? Recuerdos sueltos. Sólo sé que nací el 15 de octubre de 1935 (el tercero de los seis hermanos, si exceptuamos el último que murió a poco de nacer) en el día de Santa Teresa de Jesús. A propósito, cuando dije mi primera misa en mi pueblo natal de Sabucedo veintiocho años después, no sé si por eso o por casualidad, me regalaron las obras de la santa de Ávila en un tomo. Guardaba sus escritos con cariño. Pero pasó lo que ocurre tantas veces. Se los dejé años después a alguien y hasta este momento no he podido recuperar el tomito. Pues bien, al día siguiente, 16, era feria (también eran día de feria los días 7, 24 y el último día de cada mes) en A Estrada, el ayuntamiento al que pertenecen un montón

de parroquias y lugares. Mi parroquia natal era la más distante, a unos 16 kilómetros. Había que ir allá a levantar el acta del nacimiento del nuevo retoño en un plazo de pocos días. El día siguiente, claro, era demasiado pronto. De modo que decidieron personarse allí el próximo día de feria, que era el 24, para declarar allí solemnemente que yo había nacido el día 21 (o sea, tres días antes de la notificación en el ayuntamiento y seis días después de la fecha real). Como de esto yo no sabía nada y los D.N.I. no empezaron a funcionar hasta muchos años después, siempre tuve como incontestable la fecha que figuraba en mi registro eclesiástico del bautismo. Con esa fecha crecí, medré y me iría más tarde a Alemania a hacerme doctor en filosofía con el correspondiente diploma acreditativo, en el que figura naturalmente la fecha del registro bautismal. Al volver de Múnich a Madrid, quería convalidar mi título extranjero, cosa que requería mucho papeleo. Entre otra documentación tuve que pedir al registro de mi ayuntamiento natal de A Estrada el certificado de nacimiento. Allí figuraba no el teresiano 15, sino el 21, o sea un día cualquiera. Estaba convencido de que lo del 21 debería ser un error, pero no sabía la razón. Me acerqué por eso un día por las oficinas del ayuntamiento de A Estrada y allí me lo explicaron más o menos de la siguiente manera: “En este ayuntamiento todos los niños nacieron en vísperas de las ferias”... Me informaron también de que después de dar parte del nuevo inquilino del ayuntamiento, los declarantes iban a celebrarlo en la taberna próxima degustando un vino del país.

En nuestra gran casa rural de granito vivíamos muchos. Desde mi abuelo materno Lino (al que llamábamos “papá Lino” para distinguirlo de “papá Perfecto”, mi padre), pasando por mis otros cinco hermanos y nuestros padres, hasta el último becerrito acabado de nacer. Porque en las casas rurales gallegas, la cuadra para el ganado forma parte del espacio de la vivienda. Recuerdo que mi padre (“papá Perfecto”) me contó un día la siguiente anécdota sobre mi abuelo, “papá Lino”. Estaba este, diabético, próximo ya a morir y su cuarto (en el que también había dormido yo de pequeño) estaba situado, como también algún otro, encima del espacio dedicado a las mansas vacas. No lo recuerdo, pero seguramente las mulas que habían llevado a mi abuelo en sus viajes a la comarca del Ribeiro se habían hos-

pedado en tiempos anteriores debajo de su cuarto (donde ahora estaban las vacas). El caso es que mi abuelo, en esos momentos en los que parece que se recuerdan sólo las cosas más antiguas y cotidianas (las mulas ya no existían, aunque sí las vacas) le preguntó a mi padre: “¿Están las mulas comiendo?”. A lo que le contestó mi padre, sin hacer más problema: “Sí, claro”. Pero mi abuelo le replicó: “*Pois eu non as oio rillar*” (“Pues yo no las oigo roer”). Al poco rato se nos fue.

Al lado de nuestra casa estaba la era, el pajar (“*palleira*”) y otras dependencias, inmerso todo en un paisaje verde de montaña. La huerta inmediata a la casa la llamábamos “*Os loureiros*” (Los laureles). Había allí abundancia de este árbol, lo mismo que de *sabugueiros* (saúcos), los que le dieron el nombre a Sabucedo, al que un obispo no gallego de Compostela (la mayoría naturalmente fueron no gallegos) en algún documento antiguo le cambió en sus escritos el nombre por el de “Sauquedo”. La colonización política y eclesiástica castellanizaba sin más a todo bicho viviente en nuestra tierra... Esta huerta me trae muchos recuerdos. Por ejemplo, el de aquel levantarnos por la mañana los hermanos y correr hacia ella para ver quién era el primero en encontrarse con una pera, manzana o lo que fuese, caída ya madura mansamente en la hierba y empapada de rocío mañanero; o el nido del pinzón que criaba en una alta rama de un viejo boj que había medrado, robusto, hacia la parte baja de la huerta; o la frondosa higuera, inmediata a la pared sur de la casa: cuando los higos estaban ya a punto se colocaba en el suelo una blanca sábana para que cayesen abajo sin estropearse o mancharse demasiado al bajarlos por medio de una vara larga; la higuera era un almacén viviente que nos proporcionaba alimento agradable a nosotros y a la fauna voladora (pegas, mirlos, oropéndolas, etc.); en algún momento y para no enfadarnos demasiado en la competición por los higos más maduros, repartimos o nos repartieron, no recuerdo a iniciativa de quién, las ramas de la higuera. Así, al subir a la higuera cada uno de nosotros sabía cuál era el departamento arbóreo que le pertenecía y podía de ese modo administrarlo a su gusto. A veces nuestra madre, Palmira, se asomaba a una de las ventanas desde la que se podía también acceder directamente a las ramas altas de la higuera y nos decía: “*Moito coidadiño, que as pólas das figueiras sonvos*

*moi falsas!*”. Las “pólas” (no las “polas”) son las ramas. Era verdad, las ramas de la higuera no se dejan doblar mansamente; rompen en seco cuando se las fuerza un poco.

La comarca en que está enmarcado Sabucedo es la “Terra de Montes”. El sol nacía enfrente de la fachada de la casa y se ponía por detrás, detrás de los montes en los que habitan desde antiguo las yeguas medio salvajes que son las protagonistas de nuestra gran fiesta de interés turístico internacional, *A Rapa das Bestas*. A unos 600 metros de altura, son allí los inviernos suficientemente duros. Los días de verano auténtico no son muchos. Fuimos naciendo y aprendiendo a vivir uno detrás de otro, el siguiente cada vez con más compañía. El séptimo en nacer no llegó a vivir ya con nosotros. Murió a poco de nacer, siendo bautizado con las llamadas “primeras aguas”. Lo llevamos a enterrar (lo recuerdo bastante bien) en una cajita blanca que transportábamos camino arriba los hermanos hacia el cementerio en el atrio de la iglesia.

Como decía antes, fui el tercero en venir a este mundo. Después de mí nació mi hermano Adolfo. A mi padre le gustaba recordarme (yo, naturalmente, no me acuerdo) que, siendo yo muy pequeño y Adolfo todavía algo más, poco después de nacer él, ocurrió lo siguiente. Por lo visto, Adolfo lloraba, por lo que fuese. Fue entonces cuando, al oírlo (ojalá conservase todavía un oído tan fino), me levanté un poco de la cuna y dije, al parecer con gran extrañeza y en tono claramente inquisitivo: “*E é un piriño?*” (“¿Es un pollito?”). La imagen (evangélica y hoy día prácticamente ya inexistente) de la gallina acompañada de sus pollitos piando era entonces algo normal en nuestra vida rural. Como se ve, parece que tendía yo ya entonces a poner orden (¿filosófico?) en el mundo. Los puntos de referencia de que yo disponía eran todavía escasos: personas cercanas, vacas que mugen y rumian, gallinas, pollitos y poco más... Con esas cartas había que empezar a jugar en el mundo... Lo que sí recuerdo es que mi madre y algún otro también me contaban que empecé a andar muy pronto y que la gente que me veía andando tan pequeño se quedaba extrañadísima. No recuerdo bien si hablaba de a los cinco o a los seis meses...

A propósito de Adolfo, porque me lo recuerda todavía a veces siendo ya mayores los dos. Se ve que yo (supongo que como todos)

fui adquiriendo cada vez más conciencia de mí mismo y de mi supuesta valía... En todo caso, Adolfo me recuerda que en una de las habituales disputas fraternales alguna vez le repliqué medio airado algo así como lo siguiente: “¿Es que te crees que yo soy un cualquiera?”. Esto podría estar también algo en relación con lo que mi madre me decía alguna vez ante mis esporádicos brotes de mal genio: “*home pequeno fol de veneno!*” (“¡hombre pequeño saquito de veneno!”). En relación con esto del “yo” -para mí una de las mayores maravillas que llevamos en nuestro interior- sí tengo un recuerdo concreto, incluso con imagen perfilada del lugar en donde acaeció, de lo que podría llamar el amanecer de mi particular “yo”. Era al lado de la casa familiar, en la parte que da al poniente. Estaba o, más bien, andaba yo solo, despacio, con poquita edad todavía, y súbitamente se me iluminó mi interior pensando y admirando que yo era “yo”, que yo ya no me identificaba simplemente con los demás. Más tarde leí en Ortega y Gasset que “la primera persona es la última en aparecer”. ¡Qué bien dicho! Es una verdadera “aparición”, que deslumbra. De repente uno se convierte casi en el amo del mundo. Por eso, cuando algo después me informaron, para mi tremendo pasmo, sobre que la muerte era cosa también mía, me quedé absolutamente desorientado. Recuerdo perfectamente el lugar donde ocurrió. Estaba sentado sobre una gran piedra horizontal de granito (que denominábamos “*o mazadoiro*”) a la entrada de la casa y alguien (no está ahora en mi mente quién) me dijo con toda claridad ¡que yo también moriría!...

No había muchas cosas con las que jugar. Juguetes grandes y simples de cartón o madera de aquellos tiempos nos los traían a veces a casa y con ellos nos entreteníamos hasta que quedaban inutilizados. Pero una diversión, más bien individual, a la que nos dedicábamos cuando se nos ofrecía la ocasión, era la de “*seguir niños*”, expresión que en gallego significa “buscar nidos”. Era todo un placer encontrar alguno y mantenerlo oculto en lo posible a otros. El encuentro con las maravillas del nacimiento, del volar y del alimentarse, etc. de aves y animales muy diversos, y por entonces muy abundantes, seguramente nos valió mucho para nuestro desarrollo mental a muy diversos niveles. Por algo echan de menos los pedagogos actuales la falta de contacto con este medio natural y animal de bastantes de los

alumnos nacidos en villas grandes o ciudades. A propósito, no hace todavía muchos años, cuando todavía daba clases en la Universidad Complutense, me ocurrió lo siguiente. Una alumna me invitó a ver unos cuadros que había pintado en su piso, situado en una calle de un barrio madrileño que por entonces estaba en obras. Era domingo o día festivo y casi no había gente por la calle cuando se me acercaron, antes de llegar al piso de mi alumna, dos niñas que venían derechas hacia mí con una pregunta, una duda, que les inquietaba y que querían formulármela a mí como persona independiente y desconocida. Yo no las podría engañar y ellas no eran capaces de creer lo que les habían contado. Y sin más preámbulos me espetan la pregunta, tal cual: “¿Es verdad que las gallinas ponen los huevos por el culo?”. Ante mi tranquila respuesta afirmativa y alguna que otra explicación más que ya no viene a cuento, se marcharon sin decir palabra y naturalmente desencantadas y defraudadas. Pues bien, para mí lo “malo” no es que no estuviesen informadas sobre ese punto concreto, sino el montón de experiencias vivificadoras y promotoras de la mente que proporciona el contacto directo con la naturaleza y con la vida en toda su amplitud y de las que, por lo que parece, estas niñas nacidas y criadas en la ciudad carecían.

Otra anécdota, que para mí fue desagradable entonces y que sigue siéndolo después todavía en el recuerdo, tiene que ver con nuestra afición a ver y conocer de cerca el mundo de los pájaros. Nosotros no sabíamos por qué los petirrojos no valían para tenerlos en una jaula con lo bonitos que son. El caso es que nos molestaba que en las trampas para cazar pájaros vivos que nosotros mismos construíamos y que se llamaban en gallego “*panterlos*” (con una técnica muy fina y astuta) más de una vez cayeran petirrojos (“*paporrubios*” en gallego). Una vez, molesto ya una vez más con la presencia del infeliz petirrojo, se me ocurrió atarle a una de las patas una especie de hilo o cuerda fina para lanzarlo lejos de mí con ella, pero con tan mala suerte que al intentar hacerlo se separó la patita de su dueño y este, el petirrojo, escapó volando. Me quise consolar pensando que el petirrojo pudiera aún seguir viviendo, ya que en todo caso mi intención no era tan aviesa como para que pretendiese que ocurriera lo que de hecho ocurrió. Pero ahí queda en la mente el recuerdo vivo

de lo ocurrido. En realidad, de pequeños no éramos crueles con los animales. Simplemente, queríamos tenerlos cerca, observarlos, conocerlos, oírlos cantar, etc. Nos gustaba, por ejemplo, también tener tórtolas (“*rulas*” en gallego). Conocíamos cómo anidaban, las crías que tenían, etc. A algunas cuando estaban ya próximas a volar las cogíamos del nido y la llevábamos a una jaula grande construida también por nosotros; les dábamos alimento, cuidando que en la parte baja de la jaula hubiese arena suficiente de la que se servían como ayuda para la digestión. Las golondrinas eran para nosotros algo sagrado. Criaban todos los años en el techo de madera del pajar. Seguíamos día a día todo el proceso: el hacer el nido o repararlo, el nacimiento de las crías, la traída de alimento al nido, el modo concreto y sorprendente de comportamiento de las crías y sus padres en relación con la defecación de las primeras, etc. etc. Las otras aves mansas, las gallinas, eran también lógicamente objeto de observación y admiración sobre todo cuando les tocaba empollar o acompañar a los pollitos recién salidos del huevo.

Todo esto y mucho más observado y vivido durante meses y años directamente. ¿Cómo se puede olvidar todo este cúmulo de vivencias? Seguro que configuran nuestro mundo imaginativo, nuestro mundo interior, nuestro situarnos ante la vida y el mundo. Más tarde, recordaría inmediatamente, por ejemplo, mis tiempos de niñez cuando el gran filósofo y teólogo Nicolás de Cusa hace referencia en algún escrito de su obra a un especial graznido que realiza el gallo cuando, a la vista en lo alto de un ave de rapiña, informa de ese modo a las gallinas sobre el peligro que les amenaza, corriendo estas rápidas a ponerse bien a cubierto. Las aves de corral algún día observados por el Cusano se mantenían presentes en él en el ejercicio de sus altas especulaciones posteriores.

Iba yo a cumplir los diez años cuando mis padres me prepararon ropa y demás para ir a estudiar lo que se denominaba “Ingreso” en el Colegio jesuítico de San Francisco Javier en Camposancos (A Guarda), situado en la desembocadura del río Miño. En la escuela de mi pueblo había tenido un magnífico maestro, Franciso Regueiro Moreira, bien conocido por sus novedades pedagógicas en la enseñanza, que había sido antes cantero y tenía ahora un aserradero mon-





El Pasaje - La Guardia 1946-1947.

tado por él mismo junto al arroyo Quireza, al fondo del pueblo. Debí de aprender muchas cosas con él. Concretamente, me enseñó a escribir con letra redondilla y también gótica (que requería una pluma especial *ad hoc*) en unos folios especiales que creo que se llamaba “de barba”. Fruto de esta técnica aprendida sería la dirección que escribía en letra gótica en los sobres de las cartas que mandaría luego desde el Colegio a mis padres. Un día, al final de la tarea escolar me llevó D. Francisco al garaje que tenía mi padre al lado de la escuela (no era escuela propiamente dicha, sino el piso alto de la propia vivienda del maestro) y al llegar allí, le dijo a mi padre algo así como esto: “Oye, que tienes que llevar a La Guardia también a este; que sabe escribir muy bien... Hay que llevarlo a estudiar”. Un hermano mío, Gerardo (familiarmente Pepe), había estudiado en el colegio de A Guarda antes de mí; después lo harían también tres hermanos más, Adolfo, Jaime y Pablo. Cinco en total, o sea, todos menos Lino, el segundo en nacer. De modo que ese Colegio, penosamente en ruinas desde hace tiempo, tiene para nosotros muchas nostalgias.

Era la primera vez que yo iba a vivir fuera de Sabucedo, lejos del conocido ámbito familiar. A finales del verano de 1945. Era una

época dura, menesterosa, al término de dos guerras casi seguidas (la civil española y la segunda mundial), aunque por entonces no tuviese yo conciencia ninguna de tan trágicos acontecimientos. Era prácticamente todavía un crío. Mi mundo no era más que el pequeño mundo de mi parroquia natal. No había visto nunca un tren. Cuando en el viaje al Colegio me subí por primera vez a un vagón, quedó este perfectamente englobado en mis categorías infantiles como un hórreo. Nuestro hórreo detrás de la casa familiar, que conocía perfectamente de correr tantas veces sobre su alero de granito a baja altura, de entrar en su interior para admirar el oro de las espigas de maíz (aunque también las hubiera de otros colores: “rey”, “rosario”, “turquesa”, etc.), de observar el gorgojo que podía agujerear el grano o, también, de dejar sueltas alguna vez en su interior las tórtolas cuando nos parecía que la jaula les venía ya algo estrecha o porque se les tullían las alas en el invierno y no sabíamos por qué. En el vagón del tren viajaban ya de otras partes de Galicia otros alumnos para el colegio. Yo me perdí sin más entre ellos. Me recordaba más tarde mi padre que ni siquiera me había despedido de él. En el colegio sólo hice dos cursos: “Ingreso” y “Primero”. En el curso de “Ingreso” éramos en total 20 alumnos, mientras que en el curso siguiente, en “Primero”, seríamos casi el doble: 38. El Catálogo del Colegio de aquellos años llevaba como título “Colegio de San Francisco Javier para fomento y cultivo de vocaciones a la Compañía de Jesús”. En cuanto al expresado “fomento y cultivo”, los resultados no parecen haber sido demasiado halagüeños, dado que entre todos mis compañeros de aquellos dos cursos sólo cuatro llegamos a ser jesuitas. Algo es algo, de todos modos...

El colegio a la desembocadura del Miño lo tengo asociado a mis tiempos de “infinita” nostalgia por haber sido arrancado casi repentinamente del íntimo y querido útero social familiar. Así se explica que más de una vez escribiese a casa, diciéndoles que me viniesen a buscar..., aunque seguramente se comportaron bien mis padres no haciéndome caso. Para mí había sido bastante fuerte el cambio producido con mi nuevo destino. De no hablar, por ejemplo, sino siempre en gallego, tener que relacionarme desde entonces y de repente en una lengua que no era la mía y sin saber por qué con personas a

las que no conocía de nada. Una vez algún responsable jesuita nos arrebató las cartas de la baraja con las que estábamos jugando, no sin antes reconvenirnos por estar hablando en gallego (era algo que no podía entender). Cuando al terminar el curso podíamos volver para casa, me dejaban normalmente en la portería del colegio del “Apóstol Santiago” de Vigo (donde ahora resido desde hace ya cuatro años) hasta que llegase mi padre a recogerme allí. Recuerdo lo extraño que me resultaba continuar hablando, por inercia o por lo que fuese, con él en castellano, mientras que él, más sorprendido quizá que yo, se sonreía benévola ante lo que estaba pasando, pues naturalmente entre nosotros resultaba totalmente absurdo e incomprensible expresarse en castellano. En aquellos tiempos de cartilla de racionamiento, había pobreza y escasez de alimentos también en el colegio. Mi padre se las arreglaba para mandarme desde Vigo de vez en cuando unas barras de pan, mientras que mi compañero de al lado en el comedor, socialmente mejor situado, podía disponer de una buena caja de galletas que le enviaban también sus familiares, a la que yo no dejaba de mirar con cierta envidia. Una vez estuvimos todos los alumnos haciendo oración ante el Santísimo expuesto en la capilla del colegio para no tener que volvernos para casa dada la escasez de alimentos básicos. Los responsables del colegio nos pedían que a la vuelta de las vacaciones trajésemos, si ello nos fuese posible, algunos alimentos para de ese modo contribuir al sostenimiento del colegio. Recuerdo que a la vuelta de unas vacaciones de verano me traje al colegio una bolsita con alubias... Mientras tanto, un jesuita viejecito, creo que era el P. Llamas, seguía colocando cuidadosamente en el comedor nueve uvas pasas (ni una más ni una menos) en el platito de postre para la hora de la cena...

Mi paso al colegio, jesuítico también, de Carrión de los Condes (Palencia) para continuar allí con el segundo curso, después de los dos años de A Guarda, era un proceso normal para los que habíamos estudiado antes en Galicia. La única diferencia era que ahora me iba a encontrar allí con un grupo mucho mayor de compañeros, en su mayor parte naturalmente de fuera ya de Galicia. Se cursaban allí cinco cursos en vez de los sólo dos de A Guarda: desde primero hasta quinto curso. Aunque hay que tener en cuenta que después de ter-

minar quinto fue nuestro grupo de compañeros el que hizo luego sexto curso allí por primera vez.

Pues bien, si en el colegio de A Guarda sufrí la temprana ruptura con mis familiares y con mi parroquia natal, aquí sufrí sobre todo la separación de mi tierra gallega. Lejos quedaba una tierra verde, variada, frondosa, con montes, valles, fuentes y aguas. Casi de repente, aunque después de un largo viaje en tren, me encontré depositado en una tierra que para mí carecía de paisaje, de vida, de formas suaves y humanas. Una tierra donde la gente, incluso los pobres, ya no hablaban en gallego. Esto de los pobres tiene su importancia, porque en Galicia eran sobre todo los más pobres y humildes (es decir, la inmensa mayoría) los que hablaban en gallego. Una vez tuve una vivencia que guardo muy presente en la memoria. En una de las dependencias anexas del colegio, en donde se amontonaba madera y otro material y que daba a través de un gran portalón al exterior, entró una vez desde la calle un mendigo pidiendo limosna, pero para mi asombro lo hizo ¡en castellano!. No entraba en mi estructura mental, nacida y formada en la Galicia popular, que una persona de esa categoría social se pudiese expresar espontáneamente en la lengua que en mi tierra utilizaban sólo los que se consideraban poseedores de un status superior.

Al concluir el sexto curso (1951-52), llegaba también a su término mi estancia en Carrión de los Condes. El Provincial jesuítico pasó por allí y nos recibió individualmente a los que teníamos la intención de entrar en la Compañía de Jesús. Un largo viaje en tren nos llevaría, pues, tras el verano, a mí y a otro compañero gallego desde Vigo hasta Salamanca para entrar en el Noviciado. No sin antes realizar una peripecia sentimental de la que ya dejé constancia en algún escrito y que resumo aquí brevemente. Consciente como era, antes de marchar de nuevo para Castilla, de que mi ausencia de Galicia podría ser para largo, quise dejar material para el recuerdo y para un posible y deseado reencuentro. Busqué y seleccioné seis o siete piedras pequeñas, que para mí eran casi como perlas, y trepé con ellas por el frondoso y robusto roble que está enfrente mismo de nuestra casa familiar. A una cierta altura, en una de las oquedades que la edad y las lluvias habían formado en el tronco del viejo roble, las deposité con emo-

ción contenida, de manera casi ritual y religiosa. Quedaban así como en un nido a la espera de una larga incubación. Tenía yo la ilusión y la esperanza de volver a verlas y tocarlas en una posible futura vuelta a mi parroquia natal. Entretanto, permanecerían allí a modo de ancla para no permitir que la barca de mi vida se alejase demasiado de su puerto originario... Puedo añadir ya aquí, adelantándome a otros acontecimientos, que efectivamente mi primera vuelta por Sabucedo después de once largos años me ofrecería la ocasión para el reencontro. No estaba yo entonces ya tan ágil como una década antes, pero trepar sí que trepé al ya también algo más viejo roble. Busqué y rebusqué en varias de las pequeñas o medianas oquedades del tronco, pero no conseguí dar con las piedrecillas de mis emociones. Me consolé, sin embargo, pensando que al menos había intentado mantenerme fiel a mi prometida cita con ellas.

Por cierto, algo que tiene que ver con los tiempos previos a mi marcha a Salamanca es la casi inimaginable aparición un buen día en Sabucedo de la luz eléctrica, si bien de forma doméstica y limitada. Fue mi padre el que se las agenció, con capacidad y esfuerzo, para montar en el arroyo próximo los artilugios y la mecánica apropiada para producir corriente continua a pequeña escala en un molino construido también por él. La luz era suficiente para nosotros y para las casas vecinas más próximas, aunque hubo alguien que decía que resultaría tarea de todo punto imposible hacer subir cuesta arriba la corriente desde el río hasta la casa... Y valió también para que la primera radio, colocada en lugar preferente en la cocina, comenzase a relatar las noticias del día con aquel invariable prelude del “eajotacuarentarradioPontevedra” (“EAJ- 40 Radio Pontevedra”) que casi resuena todavía en mi oído. Mi abuelo, acostumbrado durante una larga vida a apagar velas, palmatorias o candiles antes de irse a dormir, siguió sin embargo dirigiendo durante un cierto tiempo un buen golpe de aire hacia la radiante bombilla que colgaba del techo sin que esta pareciese darse por enterada. Era, como digo, una luz doméstica y domesticada. Nuestra casa y la pequeña central eléctrica en el molino estaban comunicadas por medio de un alambre que abría o cerraba la entrada del agua necesaria para la producción de luz. En la pared del cuarto de mis padres había una palanca de made-

ra conectada con el alambre que hacía que entrase o dejase de entrar el agua del río que fuese necesaria. “*Vai botar a luz!*” (“Vete a encender la luz”), se nos decía en un cierto momento del anochecer. Y como si de un bíblico “Hágase la luz” se tratase, la intensidad de la luz se iba agrandando a nuestra voluntad, remedando el nacer del padre sol, que también lo hace desde que existe poco a poco.

El 21 de agosto de 1952 ingresé oficialmente en la Compañía de Jesús como novicio. Dos años de emoción religiosa, reafirmación en la opción tomada y apertura ilusionante hacia un porvenir desconocido. Un mes entero de Ejercicios ignacianos deja mucho poso en el alma. Quizá por la estrechez teológica de los formadores de aquellos tiempos, tuve mis achaques de angustias y escrúpulos (una enfermedad típica, por lo que se decía, de esta primera etapa de la formación). El caso es que no mucho después de concluidos los Ejercicios recibí una notificación del llamado maestro de novicios, el zamorano José Cobreros, por la que se me destinaba a irme a Cuba. Estos destinos era un modo de cooperación de la llamada provincia de León (en la que yo había entrado como jesuita) con la vice-provincia de las Antillas, que dependía de la primera. Como estaba yo todavía caliente con el fervor de la piedad y del compromiso religioso, asumí con entereza –pero no sin dejar de sentir la dureza de la próxima separación (sobre todo en lo que concierne a mis familiares)– un destino que me llevaría a una situación o a una trayectoria seguramente muy distinta de la que luego sería efectivamente la mía. Sin embargo, sólo un par de días después y poco antes de comunicar ya a mi familia mi inminente marcha a Cuba, me volvió a llamar el Maestro para decirme que mi destino quedaba revocado, pues, por lo que me comentó, se había producido una especie de malentendido en el tema de mi destino entre él y el Provincial. De modo que, satisfecho en el fondo ya un poco de haber tomado parte en alguna medida en los misteriosos caminos de la providencia, volví a mi rutina piadosa del noviciado. Con el Maestro llevaba yo, y creo que también otros compañeros de noviciado, una especie de diario, en el que anotaba mociones interiores, dudas, preguntas, etc. Una vez me dijo el Maestro, algo sorprendido, lo siguiente: “Haces tú más preguntas que todos los demás juntos”. Con lo cual procuré moderar mis

inquietudes, al menos en su formulación por escrito. Dadas mis habituales inquietudes y mis no pequeñas angustias interiores, el Maestro hubo de comentarme una vez algo que posteriormente me resultaría bastante útil y que yo mismo no he dejado de comunicárselo también a otros. Me dijo lo siguiente: “Todo lo que angustia viene del demonio”. Por mi parte naturalmente suavicé algo lo del “demonio”, transformando algo el consejo o la norma espiritual de la siguiente manera: “Todo lo que de algún modo produce angustia no es de Dios”. En fin, como digo, esta sentencia me ha dado siempre algo de paz y me ayudó a liberarme interiormente.

Resultan difícil de entender hoy en día bastantes de las prácticas exteriores que por aquellos años realizábamos: cilicios, disciplinas, autoacusaciones públicas en el comedor por haber hecho tal o cual cosa (haber roto un vaso u otras menudencias de este tipo), etc., etc. Sin embargo, y a través de todo eso, pienso que existía en la mayoría de nosotros un claro deseo de apertura a los nuevos tiempos que iban despuntando y que a un buen número de nosotros nos planteaban también nuevas preguntas.

Tras los dos años de noviciado en Salamanca y una vez hechos al final de esta etapa los votos religiosos, seguía allí mismo una nueva etapa de estudios clásicos, humanísticos, literarios, etc., que se denominaba Juniorado. En mi caso esta etapa duró, como el noviciado, dos años. Para mí fue importante el aprendizaje de unas ciertas técnicas literarias en relación con la redacción escrita y con el hablar en público. En relación con este último, recuerdo una anécdota de la que guardo viva emoción, aunque por entonces era yo todavía novicio. Un hermano mío, Gerardo (al que familiarmente llamamos Pepe, por curiosas razones que sería largo de contar) era entonces ya “junior”. De modo que me superaba jesuíticamente en dos años. Actualmente lleva alrededor de sesenta años en Brasil. Pues bien, las prácticas oratorias se realizaban normalmente desde una especie de púlpito situado hacia el centro del comedor. Un buen día, mientras los demás nos dedicábamos a dar buena cuenta de las viandas que nos ponían delante y al mismo tiempo escuchábamos más o menos atentamente al aprendiz de orador, hete aquí que una estruendosa carcajada surgió repentinamente en aquel ámbito casi monacal.

¿Qué había ocurrido? En el púlpito estaba perorando, supongo que con suficiente competencia, mi hermano Pepe y en aquel momento comentaba la escena evangélica del apóstol Pedro caminando sobre las aguas tras la invitación de Jesús a realizar tal acción. Las palabras de Pepe fueron más o menos estas: “Jesús le dijo a Pedro: ¡Anda, ven! Y Pedro *andó* sobre las aguas”... Mi corrector castellano (cortésmente y sin reírse de mí) acaba precisamente de avisarme ahora mismo con razón que lo de “andó” es erróneo, que tiene que ser “anduvo”; pero en aquellos tiempos no había estos artilugios electrónicos de alerta y además la inmensa mayoría de los oyentes que allí estaban a mi lado ni sabían gallego (en que el “anduvo” castellano se dice “*andou*”, muy próximo, como se ve, a un supuesto “andó” en castellano) ni les interesaba lo más mínimo, pues bastantes de ellos seguirían seguramente todavía con el inculto y habitual tic de considerar la lengua gallega como simple deformación de la castellana. En cierto sentido se podría decir que a los candidatos gallegos a jesuitas había primero que inculturarlos adecuadamente en la lengua y en los usos de Castilla para que pudiesen ser considerados como auténticos miembros de la Orden... El hecho es que, en cualquier caso, durante toda la historia de la Compañía de Jesús esta se abstuvo siempre cuidadosamente de crear un noviciado jesuítico en territorio gallego, cosa que ciertamente no sucedería entre vascos o catalanes.

Bien. Con el curso 1956-57 inicié ya en Comillas (Cantabria) los tres años que dedicaría a los estudios normales de Filosofía, que concluirían con la licenciatura eclesiástica en Filosofía. Eran un paisaje y un clima que me recordaban ya bastante al gallego que hacía cuatro años había abandonado. Filosofía escolástica y, más concretamente, suareziana. Entre los profesores había uno al que, cuando estaba él ya retirado y bastante enfermo, solía yo felicitar cada 15 de octubre en su cumpleaños (coincidía ese día también con mi cumpleaños, lo mismo que con el de otro pensador al que yo secretamente admiraba, Nietzsche). Se llamaba José María de Alejandro Lueiro, natural de Santiago. Pues bien, a él le debo ser profesor de filosofía por lo siguiente. Como método para que nos metiésemos a fondo en los temas de su asignatura (Gnoseología o Teoría del



Conocimiento) solía él, hacia el final del curso, como también otros colegas suyos, sacarnos aleatoriamente, mediante el uso de bolas de lotería, a la tribuna del aula para que expusiésemos a su lado alguno de los temas previamente designados por él para ese día. Un día la suerte recayó en mi número e hice a continuación una exposición ante mis compañeros de clase sobre el sistema gnoseológico de Kant (era el tema de esa sesión escolar) que al profesor compostelano, por lo que parece, le debió de gustar. No perdió por ello la ocasión para informar de mi “éxito” escolar al jesuita Luis Fernández Martín, al que el Provincial J. Cobreros (anterior maestro de novicios mío) había encargado por aquel entonces que le presentase algunos nombres de posibles candidatos para profesores de filosofía de la universidad de Comillas (que por aquel entonces todavía no se había trasladado a Madrid). De modo que mi posterior destino a tierras austríacas para la teología y luego a Alemania para el doctorado en filosofía tiene aquí sus inicios: en un aleatorio número de sorteo realizado en un aula universitaria a orillas del Cantábrico.

A propósito de esos fatídicos números de sorteo que podían dar un buen susto si resultaba que el número coincidía con el de quien no estuviese suficientemente al tanto del tema a exponer, se contaba por cierto entonces como realmente acaecida una ocurrente anécdota en la que el protagonista, con concretos nombres y apellidos, consiguió liberarse de las pertinentes angustias relativas al numerito. Su nombre se mantuvo sin embargo en secreto ante la superioridad tanto académica como de otro signo por obvias razones. Cansado un buen día el aludido personaje (que era, según fidedignas informaciones, de origen gallego) de tener que sufrir tantos sobresaltos por el dichoso numerito, decidió resolver de raíz el problema. Aprovechó una propicia ocasión, en la que el profesor se había ausentado de su despacho y había dejado la puerta franca, para internarse rápidamente en él y retirar la fatídica bola con su numerito no sin traerse consigo también la correspondiente bola de un buen amigo suyo. Como era necesario mantener un férreo secreto acerca de tan atrevida acción, al amigo que se sentaba a su lado en clase no podía manifestarle sino su extrema e insultante tranquilidad en relación con la posibilidad de que su numerito saliese a relucir, al tiem-

po que le susurraba mansamente en el oído en buen latín (que, por lo demás, era nuestra lengua usual académica) las palabras que el evangelio de Juan pone en boca de Jesús en su diálogo con la samaritana: “*Si scires donum Dei!*” (“Si supieras el don de Dios!”)...

Y ya que de secretos o casi secretos estoy hablando, voy a desvelar aquí uno, que en su día me impresionó vivamente y que por aquel entonces no me gustaba propalar. Todavía lo considero hoy en día como una prueba, al menos para mí, de que existe algo así como transmisión o comunicación de pensamientos o de intensas emociones aunque no sea por las vías normales. Ocurrió en esta etapa de los estudios filosóficos en Comillas, al final de uno de los tres cursos realizados allí, aunque me inclino a pensar que debió de ser al término del último. Tendría yo por lo tanto unos veintitrés años. El director del grupo de los filósofos jesuitas que vivíamos en lo alto de la Cardosa de la villa cántabra me ofreció cambiar con otro el aposento para ir a establecerme en otro distinto un piso más arriba. La razón era que quien vivía en este último piso no era capaz de conciliar el sueño debido a un sutil e insistente ruidillo procedente de una de las cañerías de agua que pasaba por el borde del techo. Ni nuestro director ni yo pensábamos que a mí me iba a pasar lo mismo que al anterior inquilino. Pero así ocurrió. El caso es, pues, que me pasé una o dos noches en blanco en un momento, al concluir el curso, en que estábamos preparando intensamente los exámenes finales. En la noche que seguía, intenté tomar medidas más adecuadas para conciliar el sueño y me rodeé la cabeza, convertida casi ya en una bomba próxima a explotar, con una de las sábanas para así aminorar algo por lo menos el impertinente ruidillo. Creo que algo pude dormir por fin en esa noche. Al día siguiente y a la hora de la comida de mediodía nos encontrábamos todos reunidos en el refectorio renovando fuerzas corporales y al mismo tiempo recibiendo alimento espiritual o intelectual de un libro que se leía desde el púlpito. En un determinado momento, el que presidía este acto casi monacal hizo, como era habitual, una indicación al lector para que concluyese la lectura. Era el momento en que podíamos empezar a hablar con nuestros compañeros de mesa. Pues bien, las primeras palabras que oí de quien estaba justamente enfrente de mí (gallego como yo) fueron las

siguientes: “Esta noche soñé contigo y parecías una momia, con la cabeza rodeada de lienzos blancos...” Me quedé de una pieza y no fui capaz de hacerle ningún comentario más... Por lo menos para mí no había duda de que se trataba de un modo oculto de transmisión de pensamientos o, si se quiere, de intensas emociones. Sabía perfectamente que mi cuarto estaba bien cerrado y que a nadie le había comentado absolutamente nada sobre la sábana con que había envuelto mi cabeza en la noche anterior. ¿No estaremos los gallegos unidos de manera especialmente misteriosa unos a otros, participando de una sutil y común interioridad y sabiduría, en el seno de una naturaleza bella y generosa que nos arroja conjunta y amorosamente a todos?

Al final de los estudios de filosofía eclesiástica había que redactar una tesina. Se me ocurrió escribir unas páginas sobre el tema de la personalidad, haciendo uso de algunos pensamientos de Ortega y Gasset que a mí me gustaban y que venían bien para mi tema. Había tomado los textos orteguianos de una conocida crítica que el dominico Santiago Ramírez había publicado por entonces en contra del filósofo madrileño, dado que el manejo directo de los textos de Ortega no nos estaba permitido. Presenté, bastante ingenuamente (según luego me dijeron), el trabajo al profesor Jesús Muñoz, de tendencia manifiestamente tradicional, el cual, tras leerlo, me calificó (o más bien descalificó) a mí y mi trabajo escrito como “irenista” (ese fue exactamente el vocablo utilizado por él, aunque por entonces desconociese yo su significado exacto). Hube de retirar entonces de la tesina todas las alusiones a Ortega y entonces el, por otra parte, cortés y amable profesor, no puso ya dificultades en concederme generosamente la máxima calificación.

Concluidos los estudios filosóficos, permanecí todavía un año en el mismo lugar antes de cruzar los Pirineos, dando clases (de latín y matemáticas) y atendiendo a alumnos que en el Seminario de Comillas hacían sus estudios preparatorios antes de iniciar los de filosofía y teología. Este año se correspondía con lo que en la normativa jesuítica se denominaba “magisterio”, que se desarrollaba ordinariamente en otros colegios y que duraba normalmente unos tres años. Dado que yo había recibido ya el destino a estudios supe-

riores para prepararme para ser profesor de filosofía en la universidad Comillas, mi tiempo de “magisterio” se redujo a sólo un año, aunque este fuese bastante intenso, ya que, por ejemplo, los seminaristas no se iban a sus casas en Navidades y había que emplear ese tiempo en entretenerlos con obras de teatro y otras actividades.

En aquellos tiempos los viajes eran lentos y tediosos y yo no me quería cargar con demasiados bultos. Así que decidí, antes de marcharme a la capital del Tirol en Austria, dejar en el interior de una caja de madera, debajo de la cama y con mi nombre, papeles, carpetas, cuadernos o apuntes que había ido guardando con la intención de recordarlos o volver a examinarlos en tiempos posteriores, pues consideraba que no me iban a ser útiles durante mi estancia en Innsbruck . Entre ellos creo recordar que estaban los arriba mencionados folios “de barba” con las letras gótica y redondilla que había aprendido a escribir en la escuela de Sabucedo, cuadernos relacionados con los Ejercicios espirituales del Noviciado, etc. etc. En mi primera vuelta a España en el verano del año 1963, con motivo de mi ordenación sacerdotal al terminar el tercero de los cuatro cursos de los estudios de teología, intenté localizar el sitio a donde podría haber ido a parar la mencionada caja de madera con mis recuerdos en su interior, pero sin éxito. Seguramente acabaría todo entre los materiales de desecho. Una pequeña desilusión semejante en cierto modo, aunque menos nostálgica, a la que experimentarí poco después, en ese mismo año, al trepar al viejo roble de Sabucedo y no dar con las piedrecillas de mi juvenil despedida de mi parroquia natal.

Innsbruck fue, pues, mi primer descubrimiento de una Europa libre de dictaduras políticas y dotada de un pensamiento desligado del seguidismo intelectual o eclesiástico. Yo había nacido sólo nueve meses antes del comienzo de la guerra civil y la dictadura franquista me acompañó desde entonces, durante casi cuarenta años, incluso hasta después de llevar ya seis años como profesor en la universidad Comillas de Madrid tras mi vuelta de Alemania. Fue sin duda un tiempo excesivo. Después del verano de 1960 llegaba por fin a Innsbruck, hospedándome en un edificio de la calle Sillgasse, nº 6. Lo primero que vi en la calle frente de la ventana de mi cuarto me asustó un poco al ver una palabra tan larga: “Fahrräderreparatur-

werkstätte”. Convenientemente reducida a sus partes constituyentes significaba solamente “taller de reparación de bicicletas”. Estudiar en un país de habla alemana como era Austria tenía importancia para mí, no sólo porque en el mundo filosófico al que me iba dedicar, tras concluir la teología, el dominio del alemán la tenía, sino también porque en Innsbruck había relevantes profesores de teología. Entre estos descollaban sin duda el alemán Karl Rahner y el austríaco Josef A. Jungmann, bien conocido este también por sus pioneras aportaciones en el campo de la liturgia. A este respecto recuerdo que, en vísperas ya de trasladarme desde la universidad Comillas en Cantabria (en donde había concluido mi “magisterio”) a tierras austríacas, comenté casualmente mi marcha a Innsbruck con un determinado profesor de Comillas de talante decididamente conservador y polemista. Me dijo que le parecía muy bien, porque allí había buenos profesores, exceptuando sin embargo -añadía- uno que se llamaba Karl Rahner... Pues bien, es bien sabido que tanto Rahner como Jungmann tuvieron un influjo decisivo en importantes documentos emanados del Concilio Vaticano II, que en buena parte se desarrolló durante el tiempo de mi estancia en Innsbruck. Como el lenguaje oficial del Concilio era el latín, en algunas ocasiones incluso le ayudábamos al propio Rahner en la tarea de traducción al latín de algunas de sus intervenciones. Ambos, Jungmann y Rahner, nos informaban con detalle al grupo de estudiantes jesuitas de Teología de la marcha esperanzadora de un Concilio que supuso un cambio tan decisivo en la relación de la Iglesia con el mundo. Recuerdo que Rahner se refirió en algún momento al también jesuita y profesor de Eclesiología en la Universidad Comillas de Santander, Joaquín Salaverri, el cual, como buena parte de los obispos y teólogos españoles participantes en el Concilio, tenía una mentalidad conservadora, muy distinta por tanto de la de Rahner. Este se limitó a decir, sin más comentarios: “Salaverri no hay más que uno”.

En Innsbruck vivíamos estudiantes de teología de muy diversas partes del mundo, lo que nos ayudaba también para entender y comprender muy diversos modos de ser y de entender las cosas. Había no sólo austríacos o alemanes, sino también americanos del norte, del



Innsbruck – M. Cabada, J. Muga, J. Terán.

centro o del sur, como también otros de distintos países. Quizá fuese allí donde empecé también a apreciar la importancia cultural de las lenguas y también, en la distancia de mi tierra gallega, la de mi lengua natal. Recuerdo que una vez, en tiempos navideños, nos juntamos buen número de gente en una plaza de la ciudad de Innsbruck para cantar el “Stille Nacht” (“Noche de Dios, noche de paz”), una canción mundialmente conocida y que es, como es bien sabido, de origen austríaco. De modo que la entonaríamos en su propio ámbito material y espiritual. A mi lado la cantaban también con sonoras y bien entonadas voces en euskera unos compañeros y amigos vascos venidos de Centroamérica a Innsbruck. Me ha quedado muy grabada en la mente la imagen de sorpresa con la que los observaba y oía la gente tirolesa más próxima. En aquel momento añoraba yo no poder acompañarlos cantándola en mi lengua natal. Por cierto y casi como un guiño hacia tiempos futuros, aunque no fuera más que pura casualidad, la realidad es que recibí mi ordenación sacerdotal de manos del obispo P. Rusch al final de mi tercer curso de teología, en el año 1963, en un día muy señalado para Galicia, el 25 de julio, por

más que esta fecha no tuviese nada que ver allí propiamente con el apóstol Santiago, sino con el hecho de que era la víspera de santa Ana, patrona de Innsbruck. Los tiroleses y sobre todo las tirolesas no querían perderse las celebraciones individuales de las primeras misas junto con el tradicional y devoto besamanos al final de las mismas, que tendrían lugar al día siguiente de la ordenación sacerdotal coincidiendo con la magna fiesta patronal de la capital del Tirol.

En Innsbruck, además de excelentes profesores de teología, había nieve durante varios meses del año. Precisamente al año siguiente (1964) de mi ordenación, último año de mi estancia en Innsbruck, se celebraron allí las olimpiadas de invierno, que en buena parte tuve la suerte de poder presenciar en directo. El esquí era allí deporte casi obligado y llegué a practicarlo con cierta pericia. Los jueves eran los días que nosotros reservábamos para la práctica del blanco deporte. Por eso, cuando llegué a Madrid, después de un año de estancia en Salamanca al concluir la teología en Innsbruck, casi lo primero que hice fue adquirir unos esquíes en el Rastro para poder seguir ejercitando en la sierra de Navacerrada mi deporte favorito y así de paso refrescar mi mente. Como botas de esquí me podían valer todavía las mismas que había utilizado durante mis años de Innsbruck para con ellas “raspar el Alpe”, tal como allí nos expresábamos entre nosotros los hispanos en nuestra particular jerga. Esas botas valían lo mismo para esquiar como para hacer excursión de montaña. Aunque la verdad es que en Madrid esto me supuso alguna que otra sonrisa burlona, aunque amable, por parte de una encargada de los remontes mecánicos de la sierra madrileña, cuando una vez al ver mi particular indumentaria y sobre todo mi calzado me dijo socarronamente: “¡Anda qué botas! Si son de museo!”. A lo que yo le respondí al punto: “¡Fíjate bien, guapa, y verás qué bien domino el esquí cuando baje con ellas convertido en un auténtico campeón!”... De todas maneras, algo raro sí que me sentía con mi vieja indumentaria entre tantos y tantas que aparentaban vestir más como astronautas que como personas normales y corrientes. Lo importante para mí, con todo, era hacer deporte y no intentar participar en un desfile de modelos.

Volviendo de nuevo a los tiempos de Innsbruck, tengo que decir que fue una época feliz, fructífera y prometedora. Allí conseguí, con

una buena teología (personalizada en Rahner) y en el seno de una cultura abierta y progresista, liberarme de los miasmas que se me habían adherido, procedentes de una educación anterior temerosa, rigorista y encorsetada. Además del esquí, practicábamos también el fútbol con universitarios de otras Facultades de la Universidad de Innsbruck. Con un contrincante griego probé una vez a ver si entendía mi griego clásico, aprendido en años anteriores, intentando comunicarle verbalmente en esa lengua semimuerta que le diese al balón con la cabeza. Para mi sorpresa, lo entendió perfectamente, aunque me informó (ya en alemán) de que existía una pequeña variante en una vocal. Ni las duchas comunes tras los partidos tenían puertas ni nosotros nos preocupábamos de que nuestra vestimenta no fuese en la ducha o fuera de ella más honesta que la de nuestro común antecesor Adán en el paraíso terrenal. Unos comportamientos inimaginables en mi mundo peninsular anterior. Allí jugué al fútbol con otros compañeros como el vasco Ignacio Ellacuría (un curso superior al mío en los estudios teológicos) o con el vallisoletano Segundo Montes (de mi curso), que años después serían ignominiosamente masacrados en Centroamérica. Ellos eran, sí, más diestros que yo en este deporte, aunque yo les superaba claramente en el esquí. Segundo Montes y yo recibiríamos conjuntamente la ordenación sacerdotal en la fecha señalada más arriba y, como compañeros de curso, teníamos entre nosotros mutua y franca amistad.

En relación con esto guardo también en la mente un pequeño recuerdo. Antes de nuestra ordenación como presbíteros, nuestro profesor de liturgia y eximio participante en el Concilio, J. A. Jungmann, se ofreció a darnos los Ejercicios espirituales preparatorios. Para inculcarnos la importancia que tiene una buena comprensión de la liturgia de la misa, que nosotros empezáramos en pocos días a decir, se refirió a una obra suya publicada originariamente en alemán y traducida posteriormente al español. El título alemán traducido literalmente al español sería este: "Missarum solemnitas. Una explicación genética de la misa romana". Ahora bien, en la traducción española –comentaba él– colocaron los editores un título muy distinto: "El sacrificio de la misa". Este título español –criticaba él– estaba directamente en contra de la tesis central defendida por él en



su libro, que sostiene que lo esencial de la misa es ser “eucaristía”, o sea, “acción de gracias” y no estrictamente “sacrificio”. Lo cuento no tanto como mera anécdota sino como algo que me impactó entonces mucho y que no me canso de recordárselo en mis actuales homilias eucarísticas a los que asisten a ellas.

En aquellos tiempos en los que apenas se viajaba, pudo asistir a mi ordenación y primera misa en Innsbruck mi hermano Adolfo (que por entonces andaba por Cataluña), el que me sigue a mí en el orden de nacimiento. En la reglamentación interna de la época nosotros no podíamos en principio viajar a nuestros países de origen para celebrar con familiares, amigos y conocidos nuestra primera misa (“*a misa nova*”, como decimos en Galicia). Con todo, la picaresca se daba también a estos niveles. Así que me organicé un curso de alemán con otro compañero austríaco y que tendría lugar en León, al que asistirían luego diversos interesados en aprender la lengua de Goethe. Como León no estaba lejos de Galicia y por tanto de mi parroquia natal pontevedresa, aproveché el 10 de agosto de ese año 1963, día de la festividad del patrono del pueblo, San Lorenzo, para tener allí mi primera misa. Día feliz, claro está, por encontrarme de nuevo con familiares, amigos y vecinos después de una ausencia de mi lugar natal de once largos años, en una época en la que las comunicaciones se reducían prácticamente al correo postal. Era por tanto casi normal que, por ejemplo, a mi hermano más pequeño, Pablo, no lograra inicialmente reconocerlo después de tanto tiempo transcurrido. De lo acontecido durante la emotiva ceremonia de mi primera misa allí, sólo voy a recordar algo que conservo bien vivo en la memoria después de pasado algo ya más de medio siglo. Llegado el momento, inicié mi homilía (de cuyo contenido no guardo recuerdo alguno) cuando me vi súbitamente sorprendido por las risas y algarabía de los pequeños que estaban en los primeros puestos, casi pegados al altar. ¿Qué había pasado? Algo muy sencillo, pero que seguramente ocurría ese día allí por primera vez desde hacía siglos. Tras tiempo inmemorial en que en esa iglesia, como en todas las demás de Galicia, no se hablaba oficialmente durante la misa sino en latín o en castellano, alguien se atreve (aunque para mí no fuese sino algo obvio) a dirigirse a los oyentes nada menos que en la len-



Viena. M. Cabada, S. Montes. 1962.

gua de andar por casa, la de hablar con los demás en la calle y no en lugares dignos o sagrados como la iglesia, es decir, en gallego. Mientras los mayores cohíben o disimulan sus sentimientos, los niños no operan con tales censuras. A través de ellos se mostraba la anómala y diglósica situación de una lengua que en los tiempos medievales había tenido un florecimiento espectacular a todos los niveles. Para mí, que en absoluto había pensado que al hablarles en gallego se produciría una reacción semejante, fue esta un detonante de la necesidad de trabajar, del modo que fuese y

durante el tiempo que me permitiesen otras imprescindibles ocupaciones, por la dignificación de la cultura y de la lengua de mi país.

De vuelta ya a Innsbruck, tras el tercer curso de teología, debía cursar todavía un cuarto año de teología, concluido el cual la estancia en tierras austríacas tocaba a su fin. Antes de volverme a España, a la ciudad del Tormes, me detuve algún tiempo todavía durante aquel caluroso verano de 1964 en la localidad francesa de Mâcon con el objetivo de practicar y perfeccionar mi francés. Llegado por fin ya a Salamanca para realizar el normativo año de reciclaje espiritual denominado en el lenguaje jesuítico “Tercera Probación”, me volví a sumergir en la realidad hispana aunque sólo por breve tiempo, pues al final de este interregno cruzaría de nuevo los Pirineos, ahora ya para dirigirme a Alemania, no sin antes pasarme sin embargo algún tiempo, durante el verano de 1965, en Inglaterra para poder defenderme suficientemente en el inglés, que no me resultó demasiado complicado una vez dominado ya el alemán. Residí en ese

verano en la ciudad de Nottingham atendiendo religiosamente a los católicos de la zona y viendo y oyendo masivamente la televisión en la casa parroquial de un párroco irlandés que me la había dejado, para mí solo, durante todo el tiempo. Con ello mis progresos en el inglés se aceleraron, aunque esto tuvo también sus episódicas desventajas tal como ahora indicaré.

En efecto, a mi vuelta de Inglaterra al continente, después de pasar por Bélgica, tenía que hacer noche en Frankfurt. Nunca había estado allí y me dirigía, ya al atardecer, al número 224 de la Offenbacher Landstrasse. Al subir al autobús, una persona de mediana edad se unió a mí entablando conversación conmigo desde el comienzo y durante todo el trayecto. Me preguntó a dónde iba y me dio a entender que le pagase ya también yo su billete de autobús, lo que me extrañó algo. Pero a mí no me resultaba fácil, después de un aprendizaje tan intenso y todavía reciente del inglés, expresarme con fluidez en alemán, aunque naturalmente a él le entendía perfectamente su alemán. Para mi asombro y relativo consuelo, y después de decirle que acababa de llegar de Inglaterra, resultó que él hablaba también correctamente el inglés, con lo que continuamos en esta lengua nuestra conversación de pie y sin problemas en el centro del autobús. Me comentaba que había venido hace poco de la zona oriental alemana, de los problemas que había tenido hasta llegar a la zona occidental, etc. En un determinado momento me pidió que hablásemos bajo para que no lograsen oírnos bien los que viajaban a nuestro lado. Fue entonces cuando comprendí que aquel hombre no había medido bien conmigo lo que me decía, pues era evidente que las personas que viajaban a nuestro lado no lo tendrían fácil para seguir nuestra conversación en inglés. Total, para mí era una persona sospechosa, que posiblemente quería algo de mí, como se demostró pocos minutos después. Al bajar del autobús en el sitio correcto, iniciamos ya casi de noche el camino a pie hasta el nº 224, que yo esperaba poder tener a la vista en cualquier momento. Al llegar a ese número, intentó que continuásemos adelante, a lo que naturalmente me opuse. Fue entonces cuando él intensificó su conversación conmigo hablándome de su madre enferma y de cosas similares, solicitándome finalmente una ayuda para ella. Pero al

intentar darle al timador alguna pequeña limosna de entre las libras esterlinas con las que me habían retribuido en la parroquia inglesa por mi atención a los feligreses, se abalanzó sobre mí dejándome sin blanca y huyendo al momento en la obscuridad.

Esto que aquí me ocurrió en Frankfurt me facilitó naturalmente comprender bien, poco después, al párroco alemán con el que conviviría durante varios años en nuestra casa parroquial de las afueras de Múnich, el cual tenía como norma con los mendigos (abundantes en aquella época) no darles en ninguna ocasión dinero, sino invitarlos únicamente a participar de la misma comida que nosotros tomábamos.

Así pues, en el otoño de 1965 me encontraba ya en la localidad de Garching, cerca de Múnich, para realizar los estudios de doctorado en la universidad de Múnich colaborando al mismo tiempo como capellán en las tareas pastorales y religiosas en esa localidad bávara. Los estudios de doctorado de quienes iban a ser profesores en los centros universitarios jesuíticos de filosofía o teología se realizaban en aquella época normalmente en Roma durante dos años (el denominado “bienio”). En mi caso se me permitió realizar estos estudios en una universidad civil y fuera de Roma, concretamente en la universidad de Múnich, si bien también se me sugirió que al final del doctorado en Alemania procurase estar algún tiempo en Roma. En cierto modo, pensaba yo algo maliciosamente, para echar un poco de agua bendita sobre unos estudios realizados fuera del control de las instituciones eclesiásticas... La verdad es que hasta este momento no he pisado todavía tan hermosa ciudad, aunque estuve casi a punto de hacerlo más tarde si hubiese accedido a una propuesta que recibí de la Universidad Gregoriana para impartir allí docencia de metafísica o eventualmente de historia de la filosofía moderna. La propuesta me llegaría en el año 1982 de parte del Decano de la Facultad Filosofía de la Gregoriana y también posteriormente del propio Rector de la Universidad. En esa época estaba yo, sin embargo, impartiendo ya docencia sobre distintas temáticas en la universidad Comillas de Madrid (desde el curso 1969/70) y también algunos años después, desde el curso 1978/79, en la universidad Complutense, con lo que el cambio de situación resultaba para mí un tanto problemático y, debido a ello, no me decidí en definitiva a aceptar tan honrosa invitación.

Pues bien, los algo más de tres años (desde el 21 de octubre de 1965 hasta el 20 de diciembre de 1968<sup>2</sup>) durante los cuales realicé los estudios de doctorado en la universidad de Múnich, a donde me trasladaba desde Garching, estuvieron marcados por mi dedicación a los ejercicios y trabajos de doctorado correspondientes a las llamadas “asignaturas” (“Fächer”) principal (“Hauptfach”) (filosofía) y las dos secundarias (“Nebenfächer”) (en mi caso dogmática teológica y psicología), junto con la confección y presentación de la tesis doctoral sobre el filósofo y pedagogo alemán Gustav Siewerth, que había fallecido repentinamente sólo dos años antes de mi llegada a Múnich. Debido a esta circunstancia, recuerdo que Rahner me comentó, al proponerle a él como director de mi tesis sobre Siewerth, lo siguiente: “De modo que hay que esperar a morir para que alguien haga la tesis sobre uno...”. Lo de la filosofía como temática principal del doctorado era algo obvio. En relación con esta temática filosófica, además de Rahner como profesor y director de tesis, asistí a clases o cursillos de los siguientes profesores de la Facultad: Max Müller, H. Kuhn, R. Lauth, F. Heiler, F. Leist, E. Grassi, U. Hommes y J. Splett. En cuanto a las temáticas secundarias, la dogmática teológica (en las universidades civiles de Alemania había también Facultad de Teología) tenía para mí sus ventajas dado que había realizado ya estudios completos de teología



Munich 20- XII. 1968.

2 En la sesión pública que tuvo lugar el día 20 de diciembre de 1968 en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Múnich el decano de la Facultad leyó en presencia de los veintiocho doctorandos que previamente habíamos realizado los ejercicios reglamentariamente prescritos las correspondientes calificaciones finales obtenidas por cada uno. De entre los veintiocho sólo dos, L. B. Puntel y yo mismo, conseguimos obtener la máxima calificación (“summa cum laude”). Por este motivo celebramos ambos, con otros amigos, conjuntamente a continuación en un restaurante muniqués próximo el éxito académico logrado.

en la universidad de Innsbruck. En Múnich asistí a las clases o cursos de los profesores L. Scheffczyk y H. Fries. En cuanto a la psicología, aparte de mi interés personal en esa temática (que de hecho me serviría luego para mi primera dedicación a este tipo de cuestiones en mis primeros años de docencia en la universidad Complutense con José Luis Pinillos como director del Departamento correspondiente en la Facultad de Filosofía), la circunstancia de que el profesor y psicólogo berlinés A. Görres fuese buen amigo de mi director de la tesis doctoral, K. Rahner, decidió en definitiva que la eligiese como segunda asignatura secundaria de mi doctorado. Tanto Görres como el famoso psicólogo Ph. Lersch (próximo ya a su jubilación) fueron allí también por este motivo profesores míos.

La organización interna del doctorado muniqués buscaba, como es fácil apreciar, una armónica conjunción o combinación entre especialización y amplitud de miras. De ahí que en los estudios de doctorado la temática específica o “principal” perteneciese a una determinada Facultad universitaria y en cambio las otras dos temáticas “secundarias” debían realizarse en otras Facultades distintas. En cuanto a la elección de K. Rahner como director de mi tesis doctoral, ello venía lógicamente propiciado no sólo por pertenecer, tanto él como yo, a la Compañía de Jesús sino por el hecho de haber sido él previamente apreciado profesor mío de teología en Innsbruck. Conviene indicar que Rahner accedió a la Facultad de Filosofía (no a la de Teología) de la universidad de Múnich en cuanto primer sucesor de Guardini en la cátedra que lleva su nombre. De modo que Rahner podía aceptar doctorandos en filosofía como cualquier otro profesor de la Facultad. Como Rahner, sin embargo, abandonó su docencia en Múnich para trasladarse a la Facultad de teología de la Universidad de Münster antes todavía de haber concluido yo mi tesis doctoral, tendría yo que desplazarme posteriormente a esta última ciudad para realizar el denominado “*Rigorosum*”, una especie de examen oral con Rahner en presencia del secretario de ese acto académico, que según la normativa debería durar una hora y media.

Debo decir que K. Rahner, en cuanto director de mi tesis sobre G. Siewerth, al que él también había conocido, me dejó libertad total para la realización de la misma. Era seguramente la ventaja de



Investidura Dr. Honoris Causa de K. Rahner, Comillas, 1974.

nuestro anterior mutuo conocimiento desde los tiempos de Innsbruck. Todavía nos volveríamos a ver de nuevo en Madrid pocos años más tarde con motivo de la concesión a Rahner del doctorado “honoris causa” por la Universidad Pontificia de Comillas el 31 de mayo de 1974. Llevaba yo entonces sólo cuatro años y medio como docente en esta Universidad. En su honor se publicaría al año siguiente un volumen con el título *Teología y mundo contemporáneo. Homenaje a K. Rahner en su 70 cumpleaños*, en el que colaboré con mi escrito *La vivencia previa del absoluto como presupuesto del acceso teórico a Dios* y que viene a ser para mí algo así como el esquema inicial o estructura sistemática de otros escritos posteriores míos en relación con el problema filosófico de la divinidad. Dada mi relación, todavía relativamente próxima, con él de los tiempos de Múnich se me encargó que acompañase algo a nuestro homenajeado por Madrid. Le invité a una comida gallega en el restaurante Portonovo de la Carretera de la Coruña, en la que no pudo faltar la queimada gallega que él supo apreciar como es debido. Como por aquellos días se celebraban además las fiestas de San Isidro, pudo admirar también la potente estampa de los toros de lidia esperando





Enxebre Orde Vieira. Celso Emilio Ferreiro fronte a min.

mansamente su turno en la Casa de Campo para su próximo encuentro con los toreros en la madrileña plaza de Las Ventas. “Ach so!”, exclamaba Rahner al verlos, impresionado y felizmente liberado por algún tiempo del esfuerzo de la reflexión teológica.

Volviendo de nuevo a mi tránsito de Múnich a Madrid, sólo quiero indicar esquemáticamente que después del verano del año 1969 y tras diversas gestiones relacionadas con la publicación de la tesis realizada en Alemania, me asenté ya, pues, por primera vez y hasta pasados nada menos que algo más de cuarenta años en Madrid. Desde octubre de ese año empecé a tomar parte en la docencia universitaria y en la investigación en la Facultad de Filosofía de la Universidad Comillas, que hacía bien poco que de Cantabria se había trasladado a la capital de España. Inicialmente (en el primer año) compartí la docencia de la asignatura Metafísica-Teodicea con el prof. J. Gómez Caffarena para pasar ya al año siguiente a impartir yo solo la asignatura de Teodicea.

Recibiría años después invitación de la Facultad de Filosofía de la Complutense (a través sobre todo del Prof. Jesús Muga) para colaborar también allí en la docencia, empezando con mi tarea en esta Facultad a comienzos de octubre de 1978. El caso es que para ello tenía que convalidar mi título alemán de doctorado, lo cual no dejaba de ser complicado en aquellos tiempos porque yo ni siquiera tenía el título de licenciado civil en filosofía, sino sólo el eclesiástico. De modo que siendo como era ya doctor por Alemania, tuve que reali-



zar sin embargo una serie de prácticas y ejercicios académicos para poder disponer (el 9 de enero de 1979) del título de licenciado en filosofía por la Universidad Complutense, convalidándoseme ya luego relativamente pronto (el 3 de setiembre de 1979) mi doctorado alemán por el español. Debo decir que estos contratiempos administrativos me sirvieron al menos para elaborar un escrito (a modo de tesina) sobre la relación de Feuerbach con Kant, que posteriormente (1980) aparecería en forma de libro con el título de *Feuerbach y Kant. Dos actitudes antropológicas*.

Surgirían todavía, años más tarde, otro tipo de contratiempos, que en este caso estuvieron relacionados con las llamadas “pruebas de idoneidad” para acceder al Cuerpo de profesores titulares de universidad. Un acceso que, tras realizadas las correspondientes pruebas, me fue (junto a otros aspirantes) inesperadamente denegado (BOE, 27 diciembre de 1984). Menos mal que un recurso posterior hizo que se resolviera favorablemente (BOE, 10 abril de 1986) nuestro nombramiento como profesores titulares, retrotrayéndose además los efectos de este nombramiento, aunque con un notable retraso de casi diez años, a la fecha (1984) en la que habían sido nombrados profesores titulares los anteriores aspirantes (BOE, 13 marzo de 1996).

Mi estancia y docencia en la Facultad de Filosofía en la Complutense fue para mí muy estimulante, sobre todo porque, debido a diversas circunstancias, hube de encargarme allí de temáticas y problemas (psicología, antropología, etc.) que, a mi modo de ver, contribuyeron eficazmente a que mis intereses filosóficos estrictamente tales, a los que preferentemente me dedicaba en la Universidad Comillas, adquiriesen una dimensión más concreta, real y humana, es decir, en definitiva más verdadera.

Pero esto no pertenece estrictamente a mis “recuerdos”, sino a una vivencia todavía actual, que de momento sigue aún viva y de la que espero que tarde aún un poquito de tiempo en convertirse en memoria. A otros les tocará, en cualquier caso, si el tiempo y el afán se lo permiten, este nostálgico oficio de recordar.